



Reunión Mundial de Capacitación de Líderes

Apoyemos a la familia

11 DE FEBRERO DE 2006

LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

Publicado por
La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días
Salt Lake City, Utah

© 2006 por Intellectual Reserve, Inc.
Todos los derechos reservados
Impreso en los Estados Unidos de América

Aprobación del inglés: 8/04
Aprobación de la traducción: 8/04

Índice de temas

El matrimonio es esencial para Su plan eterno.	2
<i>Élder David A. Bednar</i>	
La solemne responsabilidad de amarse y cuidarse el uno al otro	8
<i>Élder L. Tom Perry</i>	
Los padres tienen una responsabilidad sagrada	13
<i>Bonnie D. Parkin</i>	
Hogares celestiales, familias eternas	18
<i>Presidente Thomas S. Monson</i>	
“La Familia: Una proclamación para el mundo”	24

El matrimonio es esencial para Su plan eterno

ÉLDER DAVID A. BEDNAR

Del Quórum de los Doce Apóstoles



El concepto ideal doctrinal del matrimonio

La Primera Presidencia nos ha aconsejado encarecidamente que dediquemos nuestros mejores esfuerzos al fortalecimiento del matrimonio y del hogar. Esa instrucción jamás se ha necesitado más en el mundo que hoy en día, a medida que se ataca la santidad del matrimonio y se debilita la importancia del hogar.

A pesar de que la Iglesia y sus programas apoyan al matrimonio y a la familia, y por lo general tienen éxito en ello, siempre debemos recordar esta

verdad básica: ningún medio ni ninguna organización puede ocupar el lugar del hogar ni cumplir sus funciones esenciales¹. Por consiguiente, hoy me dirigiré a ustedes, en primer lugar como hombres y mujeres, como esposos y esposas, y como madres y padres, y en segundo, como líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares de la Iglesia. La asignación que tengo es la de analizar la función esencial del matrimonio eterno en el plan de felicidad de nuestro Padre Celestial.

Nos centraremos en el concepto ideal doctrinal del matrimonio. Espero que el análisis de nuestras posibilidades eternas y el recordatorio de quiénes somos y de por qué estamos aquí en la tierra nos brinden dirección, consuelo y una esperanza sustentadora para todos nosotros, independientemente de nuestro estado civil o de nuestras circunstancias personales actuales. La discrepancia que existe entre el concepto doctrinal del matrimonio y la realidad de la vida diaria, a veces puede parecer bastante grande pero, poco a poco, ustedes van progresando mejor de lo que probablemente se imaginan.

Los exhorto a tener presentes las siguientes preguntas a medida que analizamos los principios relacionados con el matrimonio eterno.

Pregunta 1: *En mi propia vida, ¿me esfuerzo por llegar a ser un mejor esposo o una mejor esposa, o me preparo para ser un esposo o una esposa, al comprender esos principios básicos y llevarlos a la práctica?*

Pregunta 2: *En calidad de líder del sacerdocio o de las organizaciones auxiliares, ¿ayudo a las personas a quienes sirvo a comprender esos principios básicos y a llevarlos a la práctica, y de ese modo fortalecer el matrimonio y el hogar?*

Al meditar con oración en esas preguntas y al considerar nuestra propia relación matrimonial y nuestras responsabilidades en la Iglesia, testifico que el Espíritu del Señor iluminará nuestra mente y nos enseñará las cosas que debemos hacer y mejorar (véase Juan 14:26).

Por qué el matrimonio es esencial

En “La Familia: Una proclamación para el mundo”, la Primera Presidencia y el Consejo de los Doce Apóstoles proclaman “que el matrimonio entre el hombre y la mujer es ordenado por Dios y que la familia es la parte central del plan del Creador para el destino eterno de Sus hijos”². Esta frase de la proclamación, que establece el tema del discurso, nos enseña mucho en cuanto al significado doctrinal del matrimonio y recalca la supremacía del matrimonio y de la familia en el plan del Padre. El matrimonio honorable es un mandamiento y un paso esencial en el proceso de crear una relación familiar amorosa que se puede



perpetuar más allá de la tumba.

Hay dos razones doctrinales convincentes que nos ayudan a entender por qué el matrimonio eterno es esencial para el plan del Padre.

Razón 1: *La naturaleza del espíritu del hombre y la naturaleza del espíritu de la mujer se complementan y se perfeccionan mutuamente y, por tanto, se ha dispuesto que progresen juntos hacia la exaltación.*

La plena comprensión de la naturaleza eterna del matrimonio y de su importancia sólo se puede lograr dentro del contexto supremo del plan que el Padre tiene para Sus hijos. “Todos los seres humanos, hombres y mujeres, son creados a la imagen de Dios. Cada uno es un amado hijo o hija espiritual de padres celestiales y, como tal, cada uno tiene una naturaleza y

un destino divinos”³. El gran plan de felicidad permite que los hijos y las hijas espirituales de nuestro Padre Celestial obtengan un cuerpo físico, ganen experiencias terrenales y progresen hacia la perfección.

“El ser hombre o mujer es una característica esencial de la identidad y el propósito eternos de los seres humanos en la vida premortal, mortal y eterna”⁴, y en gran medida eso define quiénes somos, por qué estamos aquí en la tierra, y qué debemos hacer y llegar a ser. Por razones divinas, el espíritu de los hombres y el de las mujeres son diferentes, singulares y complementarios.

Después de que se creó la tierra, se puso a Adán en el Jardín de Edén; sin embargo, y muy importante, Dios dijo que no

era bueno que el hombre estuviera solo (véase Génesis 2:18; Moisés 3:18), y Eva llegó a ser la compañera y la ayuda idónea de Adán. A fin de llevar a cabo el plan de felicidad se necesitaba la combinación singular de facultades espirituales, físicas, mentales y emocionales tanto de hombres como de mujeres. Solos, ni el hombre ni la mujer podrían cumplir con los propósitos de su creación.

Por designio divino, se dispone que los hombres y las mujeres progresen juntos hacia la perfección y hacia una plenitud de gloria. A causa de sus temperamentos y facultades singulares, los hombres y las mujeres llevan a la

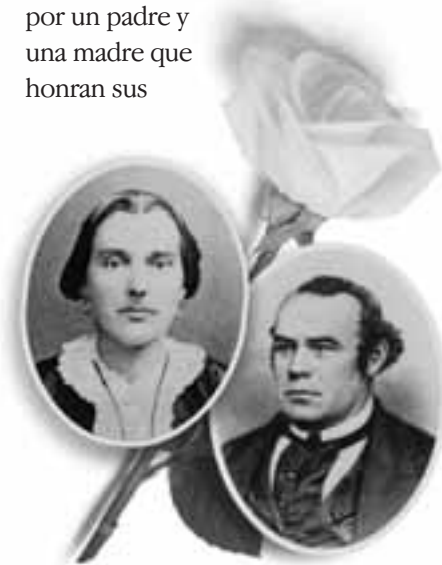
relación matrimonial perspectivas y experiencias únicas. El hombre y la mujer contribuyen de forma diferente pero por igual a una totalidad y unidad que no se pueden lograr de ninguna otra manera. El hombre complementa y perfecciona a la mujer, y la mujer complementa y perfecciona al hombre, al aprender el uno del otro y al fortalecerse y bendecirse mutuamente. *“En el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón”* (1 Corintios 11:11; cursiva agregada).

Razón 2: *Por designio divino, se necesitan tanto el hombre como la mujer para traer hijos a la tierra y para proporcionar el mejor entorno para la crianza y el cuidado de los hijos.*

El mandamiento que se dio antiguamente a Adán y a Eva de multiplicarse y henchir la tierra permanece en vigor hoy día. “Dios ha mandado que los sagrados poderes de la procreación se utilicen sólo entre el hombre y la mujer legítimamente casados, como esposo y esposa... la forma por medio de la cual se crea la vida mortal fue establecida por decreto divino”⁵. Por tal razón, el matrimonio entre un hombre y una mujer es el conducto autorizado por el cual los espíritus entran en la tierra. La completa abstinencia sexual antes del matrimonio y la total fidelidad dentro del matrimonio protegen la santidad de ese sagrado conducto.

El hogar en el que haya un esposo y una esposa leales y llenos de amor es el entorno supremo en el que se puede criar a los hijos en amor y rectitud, y en el que se pueden satisfacer las necesidades espirituales de los hijos. Del mismo modo que las características singulares tanto del hombre como de la mujer contribuyen a la

plenitud de la relación matrimonial, esas mismas características son vitales para la crianza, el cuidado y la enseñanza de los hijos. “Los hijos tienen el derecho de nacer dentro de los lazos del matrimonio y de ser criados por un padre y una madre que honran sus



El élder Parley P. Pratt expresó las bendiciones que se reciben a medida que aprendemos en cuanto al ideal doctrinal del matrimonio, lo comprendemos y nos esforzamos por llevarlo a la práctica.

promesas matrimoniales con fidelidad completa”⁶.

Principios de orientación

Las dos razones doctrinales que hemos analizado en cuanto a la importancia del matrimonio eterno en el plan de felicidad del Padre proponen principios de orientación para aquellos que se estén preparando para casarse, para los que estén casados y para nuestro servicio en la Iglesia.

Principio 1: *La importancia del matrimonio eterno se comprende*

únicamente dentro del contexto del plan de felicidad del Padre.

Con frecuencia hablamos del matrimonio y lo destacamos como una unidad fundamental de la sociedad, como el fundamento de una nación fuerte y como una institución básica sociológica y cultural. Sin embargo, el Evangelio restaurado nos ayuda a entender que es mucho más que eso!

¿Hablamos, quizás, acerca del matrimonio sin enseñar adecuadamente la importancia del matrimonio en el plan de nuestro Padre? El hacer hincapié en el matrimonio sin conectarlo con la doctrina sencilla y fundamental del plan de felicidad no puede proporcionar la suficiente dirección, protección ni esperanza en un mundo que cada vez se vuelve más confuso y perverso. Bien haríamos todos en recordar la enseñanza de Alma de que Dios dio a los hijos de los hombres mandamientos *“después de haberles dado a conocer el plan de redención”* (Alma 12:32; cursiva agregada).

El élder Parley P. Pratt expresó hermosamente las bendiciones que recibimos a medida que aprendemos y comprendemos el concepto ideal doctrinal del matrimonio y nos esforzamos por aplicarlo en nuestra vida.

“José Smith fue quien me enseñó a valorar las entrañables relaciones que existen entre padre y madre, esposo y esposa; entre hermano y hermana, hijo e hija.

“De él aprendí que podría tener asegurada a mi amada esposa por esta vida y por toda la eternidad; y que los sublimes sentimientos de unidad y afecto que nos atrajeron mutuamente emanaron de la fuente del amor divino y eterno...



“Antes había amado, sin saber por qué; pero ahora amaba con una pureza, con una intensidad de sentimientos virtuosos y exaltados que elevarían mi alma de las cosas transitorias de esta deplorable esfera y la harían expandirse como el océano... En una palabra, ahora podía amar con el espíritu así como con el entendimiento.

“Sin embargo, en ese tiempo, mi muy querido hermano José Smith tan sólo había... levantado una esquina del velo, dándome sólo un vistazo de la eternidad”⁷.

Como hombres y mujeres, como esposos y esposas, y en calidad de líderes de la Iglesia, ¿vemos cómo la importancia del matrimonio eterno se puede comprender únicamente dentro del contexto del plan de felicidad del Padre? La doctrina del plan lleva a los hombres y a las mujeres a esperar el matrimonio eterno y a prepararse para él, y vence los temores y supera las incertidumbres por las que tal vez algunas personas demoren el matrimonio o lo eviten. Asimismo, un

entendimiento correcto del plan fortalece nuestra determinación de honrar tenazmente el convenio del matrimonio eterno. Al meditar en esa verdad y al entenderla plenamente, se magnificarán nuestro conocimiento personal, nuestra enseñanza y nuestro poder para testificar tanto en el hogar como en la iglesia.

Principio 2: *Satanás desea que todos los hombres y todas las mujeres sean miserables como él.*

Lucifer ataca y distorsiona implacablemente las doctrinas que más importancia tienen para nosotros, para nuestras familias y para el mundo. ¿Hacia dónde dirige el adversario sus ataques más directos y diabólicos? Satanás se ocupa infatigablemente de confundir lo que se entiende de la identidad sexual, de fomentar el uso prematuro e incorrecto del poder procreador, y de ser un obstáculo para el matrimonio honorable, precisamente porque el matrimonio es ordenado por Dios y la familia es fundamental para el plan de felicidad. Los

ataques del adversario al matrimonio eterno seguirán aumentando en intensidad, frecuencia y sutileza.

Debido a que hoy día estamos enfrascados en una batalla por el bienestar del matrimonio y del hogar, en mi última lectura del Libro de Mormón puse particular atención al modo en que los nefitas se preparaban para sus batallas contra los lamanitas. Me di cuenta de que los del pueblo de Nefi “estaban *enterados del intento de [su enemigo]*” y, por consiguiente, se prepararon para enfrentarse a ellos. (Alma 2:12; cursiva agregada). Al leer y estudiar, aprendí que *el enterarse del intento del enemigo* es un requisito clave para la preparación eficaz. Del mismo modo, nosotros debemos considerar el intento de nuestro enemigo en esta guerra de los últimos días.

El plan del Padre tiene como fin proporcionar guía para Sus hijos, para ayudarles a ser felices y llevarlos seguros de nuevo hacia Él. Los ataques de Lucifer hacia el plan tienen como fin confundir a los hijos y a las hijas de Dios, hacerlos desdichados y detener su progreso eterno. El máximo objetivo del padre de las mentiras es que todos nosotros seamos “miserables como él” (2 Nefi 2:27), y se ocupa de pervertir los elementos que más detesta del plan del Padre. Satanás no tiene un cuerpo, no se puede casar y no tendrá una familia, y se esfuerza constantemente por tergiversar los propósitos divinamente prescritos del sexo de la persona, del matrimonio y de la familia. Por todo el mundo se ve una evidencia cada vez mayor de la eficacia de los esfuerzos de Satanás.

En épocas más recientes, el diablo ha intentado combinar la confusión

en cuanto al sexo de la persona y el matrimonio validándola legalmente. Al mirar más allá de la mortalidad hacia la eternidad, es fácil discernir que las falsas alternativas que propone el adversario jamás conducirán al estado de plenitud que se puede lograr a través del sellamiento de un hombre y de una mujer, a la felicidad de un matrimonio honorable, al gozo de la posteridad, o a la bendición del progreso eterno.

En vista de lo que sabemos en cuanto al intento de nuestro enemigo, cada uno de nosotros debe prestar especial cuidado al buscar inspiración personal en cuanto a la forma en que podemos proteger y salvaguardar nuestro propio matrimonio, y sobre cómo podemos aprender principios correctos y enseñarlos en el hogar y en nuestras asignaciones en la Iglesia, tocante a la importancia eterna del sexo de la persona y de la función del matrimonio en el plan del Padre.

Principio 3: *Las bendiciones supremas del amor y de la felicidad se obtienen por medio de la relación del convenio del matrimonio eterno.*

El Señor Jesucristo es el punto principal en la relación del convenio del matrimonio. Tomen nota de cómo el Salvador está ubicado en la cúspide de este triángulo, y en la base figura una mujer en una esquina y un hombre en la otra. Consideren, ahora, lo que ocurre en la relación entre el hombre y la mujer a medida que cada uno, gradualmente, “[viene] a Cristo” y se esfuerza por ser perfeccionado en Él (Moroni 10:32). A causa del Redentor, y por medio de Él, el hombre y la mujer se acercan más el uno al otro.

A medida que el marido y su esposa son atraídos hacia el Señor (véase (3 Nefi 27:14) a medida que aprenden a servirse y a atesorarse mutuamente, a medida que comparten las experiencias de la vida, progresan juntos y llegan a ser uno, y a medida que son bendecidos mediante la unión de sus naturalezas características, se empiezan a dar cuenta de la plenitud que nuestro Padre Celestial desea para Sus hijos. La máxima felicidad, que es el objeto mismo del plan del Padre, se



El esposo y la esposa se acercan más el uno al otro a medida que de forma personal y gradual vienen a Cristo.

recibe al efectuar los convenios del matrimonio eterno y al honrarlos.

Como hombres y mujeres, esposos y esposas, y como líderes de la Iglesia, una de nuestras responsabilidades más importantes es ayudar a los hombres y a las mujeres jóvenes, mediante nuestro ejemplo personal, a aprender en cuanto al matrimonio honorable y a prepararse para el mismo. Si las mujeres y los hombres jóvenes observan en nuestro matrimonio dignidad, lealtad, sacrificio y el cumplimiento de convenios, entonces esos jovencitos buscarán emular los mismos principios en sus relaciones de cortejo y matrimonio. Si los jóvenes se dan cuenta de que hemos puesto en

primer plano la comodidad y el bienestar de nuestro compañero eterno, se volverán menos egoístas y serán más capaces de dar, de servir y de crear una relación equitativa y perdurable. Si los hombres y las mujeres perciben respeto mutuo, afecto, confianza y amor entre el marido y su esposa, se esforzarán por cultivar esas mismas características. Nuestros hijos y la juventud de la Iglesia aprenderán más de lo que hagamos y de lo que somos, a pesar de que recuerden muy poco de lo que digamos.

Lamentablemente, muchos jóvenes de la Iglesia hoy en día tienen temor del matrimonio eterno y tropiezan en su progreso hacia esa meta, debido a que han visto demasiados divorcios en el mundo y convenios rotos en sus hogares y en la Iglesia.

El matrimonio eterno no es simplemente un contrato legal provisional que se puede dar por terminado en cualquier momento, por cualquier razón; es más bien un convenio sagrado con Dios que puede ligar por esta vida y por toda la eternidad. La lealtad y la fidelidad en el matrimonio no deben ser simplemente palabras atractivas que se mencionan en discursos; más bien deben ser principios que se manifiesten en nuestra propia relación del convenio del matrimonio eterno.

Al considerar la importancia de nuestro ejemplo personal, ¿se dan cuenta ustedes y yo de las áreas donde tenemos que mejorar? ¿Está el Espíritu Santo inspirando nuestra mente y ablandando nuestro corazón y alentándonos a mejorar y a ser mejores? En calidad de líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares, ¿estamos concentrando

nuestros esfuerzos para fortalecer el matrimonio y el hogar?

El esposo y su esposa necesitan tiempo para estar juntos a fin de fortalecerse a sí mismos y a sus hogares contra los ataques del adversario. Al esforzarnos por magnificar nuestros llamamientos en la Iglesia, ¿estamos involuntariamente impidiendo que esposos y esposas, madres y padres cumplan sus sagradas responsabilidades en el hogar? Por ejemplo, ¿programamos a veces reuniones y actividades innecesarias de modo que interfieran con la relación esencial entre el marido y su esposa, y en la relación de ellos con sus hijos?

Al meditar con sinceridad estas preguntas, estoy seguro de que el Espíritu nos está ayudando aun ahora mismo y seguirá ayudándonos a cada uno para saber lo que debemos hacer en el hogar y en la Iglesia.

Las fuentes espirituales que necesitamos

Nuestras responsabilidades de aprender y entender la doctrina del plan, de defender el matrimonio honorable y de ser ejemplos del mismo, y de enseñar principios correctos en el hogar y en la iglesia tal vez nos hagan dudar de nuestra capacidad de llevar a cabo la tarea. Somos personas comunes y corrientes que deben llevar a cabo una obra sumamente extraordinaria.

Hace muchos años, la hermana Bednar y yo estábamos muy ocupados tratando de satisfacer las innumerables demandas de una familia joven y activa, además de responsabilidades en la Iglesia, profesionales y de la comunidad. Una noche, después de que



Una de nuestras responsabilidades más importantes es ayudar a los hombres y a las mujeres jóvenes, mediante nuestro ejemplo personal, a aprender en cuanto al matrimonio honorable y a prepararse para el mismo.

los niños se durmieron, hablamos largo y tendido sobre cuán eficaces éramos en dar atención a todas nuestras tareas importantes. Nos dimos cuenta de que no recibiríamos en la eternidad las bendiciones prometidas si no cumplíamos más plenamente el convenio que habíamos hecho en la tierra. Juntos tomamos la determinación de hacer lo necesario para ser mejores como esposo y esposa. Esa lección, aprendida hace muchos años, ha tenido un gran impacto en nuestro matrimonio.

La dulce y sencilla doctrina del plan de felicidad nos brinda una valiosa perspectiva eterna y nos ayuda a entender la importancia del matrimonio eterno. Hemos sido bendecidos con todas las fuentes espirituales que necesitamos; tenemos la plenitud de la doctrina de Jesucristo; tenemos el Espíritu Santo y la revelación; tenemos ordenanzas salvadoras, convenios y

templos; tenemos el sacerdocio y profetas; tenemos las Santas Escrituras y el poder de la palabra de Dios; y tenemos La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Testifico que hemos sido bendecidos con todos los recursos espirituales que necesitamos para aprender acerca del matrimonio honorable, para enseñarlo, para fortalecerlo y para defenderlo, y que, en efecto, podemos vivir juntos, en felicidad, como esposos, esposas y familias por la eternidad. En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén.

NOTAS

1. Véase Carta de la Primera Presidencia, 11 de febrero de 1999; véase *Liabona*, diciembre de 1999, pág. 1.
2. “La Familia: Una proclamación para el mundo”, *Liabona*, octubre de 2004, pág. 49.
3. *Liabona*, octubre de 2004, pág. 49.
4. *Liabona*, octubre de 2004, pág. 49.
5. *Liabona*, octubre de 2004, pág. 49.
6. *Liabona*, octubre de 2004, pág. 49.
7. *Autobiography of Parley P. Pratt*, ed. Parley P. Pratt Jr., 1938, págs. 297–298.

La solemne responsabilidad de amarse y cuidarse el uno al otro

ÉLDER L. TOM PERRY

Del Quórum de los Doce Apóstoles



Equilibrar nuestras responsabilidades

El tema que se me ha asignado es el siguiente razonamiento de la proclamación sobre la familia: “El esposo y la esposa tienen la solemne responsabilidad de amarse y cuidarse el uno al otro, y también a sus hijos”¹. Deseo abordar el tema de un modo muy distinto del que suelen recibirlo en otras reuniones

de capacitación, por lo que no haré muchas citas de manuales; en lugar de ello, deseo hablar con ustedes de corazón a corazón acerca de su servicio en el reino de nuestro Padre Celestial. El objetivo será ver si juntos podemos comprender con mayor claridad la forma de equilibrar nuestras responsabilidades de amar a nuestra familia y de cuidar de ella con los llamamientos especiales que nuestro Padre Celestial nos ha encomendado.

Cuando se organizó la Iglesia el 6 de abril de 1830, el profeta José Smith recibió la revelación que se encuentra registrada en la sección 21 de Doctrina y Convenios, parte de la cual dice:

“He aquí, se llevará entre vosotros una historia; y en ella serás llamado vidente, traductor, profeta, apóstol de Jesucristo, élder de la iglesia por la voluntad de Dios el Padre, y la gracia de tu Señor Jesucristo,

“habiendo sido inspirado por el Espíritu Santo para poner los cimientos de ella y edificarla para la fe santísima...”

“Por tanto, vosotros, es decir, la iglesia, daréis oído a todas sus palabras y mandamientos que os dará según los reciba, andando delante de mí con toda santidad;

“porque recibiréis su palabra con toda fe y paciencia como si viniera de mi propia boca” (D. y C. 21:1–2, 4–5).

Entre las primeras instrucciones que se dieron a esta Iglesia cuando fue organizada estaba la de acatar la inspiración y la revelación que viniera del Señor, por medio de Su profeta, al cumplir con nuestras responsabilidades de edificar Su reino. Él ha prometido dirigirnos por el camino que recorramos para llevar a cabo esta grandiosa obra.

El consejo del Profeta

Considero que el presidente Gordon B. Hinckley, nuestro profeta de la actualidad, nos dio la clave para equilibrar nuestras responsabilidades, en la reunión mundial de capacitación de líderes que se realizó el 21 de junio de 2003. En aquella transmisión, él dijo:

“De ustedes... es el privilegio de representar al Redentor del mundo al hacer avanzar esta obra. De ustedes es la oportunidad de hablar de la belleza de la sangre expiatoria del Señor Jesucristo por Sus hijos e hijas. ¿Podría haber mayor privilegio que éste?”

“Regocíjense en el privilegio que tienen. Su oportunidad no durará para siempre. Muy pronto será tan sólo un recuerdo la gran experiencia que están teniendo ahora.

“Ninguno de nosotros realizará todo lo que pueda desear realizar. Pero hagamos lo mejor que podamos. Estoy convencido de que, entonces,



En todas las épocas de la historia, Él ha dado Su ley divina para amparar y proteger la santa unión entre marido y mujer.

el Redentor dirá: 'Bien, buen siervo y fiel'... (Mateo 25:21)².

Como recordarán, en aquella transmisión él nos explicó nuestra responsabilidad cuatripartita. La primera se aplica al tema que tratamos en esta transmisión. Dijo:

"Primero, es fundamental que no desatiendan a su familia. Nada de lo que tienen es más valioso. Sus respectivas esposas y sus hijos merecen la atención del marido y padre. Al fin de cuentas, es esa relación familiar lo que llevaremos con nosotros a la vida venidera. Parafrasearé las palabras del pasaje de las Escrituras: 'Porque ¿qué aprovechará al hombre si sirviere fielmente en la Iglesia y perdiere a su propia familia?' (véase Marcos 8:36)³.

Ése ha sido el mensaje constante de nuestros profetas desde los primeros días de la organización de la Iglesia. El lugar más importante para enseñar el Evangelio y para ejercer el liderazgo es el hogar, en la familia. Si seguimos esas instrucciones, daremos asignaciones y

proyectaremos programas, actividades y clases que complementarán y apoyarán a nuestras familias.

Establecer el debido orden de prioridades

La forma en que empleemos el tiempo y en que conservemos el equilibrio en la vida es fundamental para la forma en que cumplamos con nuestros deberes familiares y con nuestro servicio en la Iglesia. Disciplínense para seguir el consejo del profeta sobre el modo de decidir el orden de prioridad de su tiempo.

Su compañero eterno

Para comenzar, analicen con su compañero o compañera eternos cuánto tiempo les hace falta estar juntos para fortalecer su matrimonio y demostrarse el amor que se tienen el uno al otro. Eso tiene prioridad absoluta.

La Iglesia está para ayudar a las personas y a las familias a venir a Cristo y alcanzar la vida eterna. La vida eterna

es el máximo de todos los dones de Dios a Sus hijos, y ésta sólo se alcanza por conducto de la relación familiar, la cual debe comenzar con la unión entre marido y mujer, que es sagrada para el Señor y que no debe tratarse con liviandad. El convenio del matrimonio es imprescindible para el plan del Señor y es el propósito por el cual Él creó los cielos y la tierra. En todas las épocas de la historia, Él ha dado Su ley divina para amparar y proteger la santa unión entre marido y mujer.

Sus hijos

Segundo, tengan en cuenta las necesidades espirituales de sus hijos. ¿Cuánto tiempo es necesario para que estén seguros de que están cerca de ellos? Ustedes tienen la responsabilidad, como padres y madres, de fijar el tiempo adecuado para enseñarles, puesto que la instrucción más importante que los hijos recibirán en la vida debe provenir de sus padres. Debemos estar al tanto de lo que la Iglesia esté



La instrucción más importante que los hijos recibirán en la vida debe provenir de sus padres.

enseñando a nuestros hijos a fin de hacer concordar esa enseñanza con las instrucciones que demos a cada hijo o hija. Por ejemplo, en el folleto *Para la fortaleza de la juventud*, en la cita que se hace de la proclamación sobre la familia, se da a la gente joven el siguiente consejo acerca de la familia:

“Hay más posibilidades de lograr la felicidad en la vida familiar cuando [ésta] se basa en las enseñanzas del Señor Jesucristo. Los matrimonios y las familias que logran tener éxito se establecen y mantienen sobre los principios de la fe, la oración, el arrepentimiento, el perdón, el respeto, el amor, la compasión, el trabajo y las actividades recreativas edificantes”⁴.

Y el consejo continúa así:

“El ser parte de una familia es una gran bendición. Tu familia te puede proporcionar compañía y felicidad; te puede ayudar a aprender principios correctos en un ambiente de cariño, y a prepararte para la vida eterna. No todas las familias son iguales, pero cada una de ellas es importante en

el plan de nuestro Padre Celestial.

“Haz lo que esté de tu parte para crear un ambiente feliz en el hogar; sé alegre, servicial y considerado o considerada para con los demás. Muchos de los problemas que surgen en el hogar resultan porque los miembros de la familia dicen palabras hirientes y actúan de manera egoísta; ocúpate de las necesidades de los demás miembros de la familia; trata de ser un pacificador o una pacificadora en vez de fastidiar, pelear y discutir. Ten presente que la familia es la unidad más sagrada de la Iglesia”⁵.

El proveer para su familia

En el tercer lugar de prioridades, el deber más importante es proveer para nuestra familia. Cito otra vez lo que dice la proclamación sobre la familia:

“Por designio divino, el padre debe presidir sobre la familia con amor y rectitud y tiene la responsabilidad de protegerla y de proveerle las cosas necesarias de la vida”⁶.

Tenemos que adquirir de continuo

conocimientos prácticos a fin de poder ganarnos la vida. En este mundo cambiante, debemos estar al día en el arte del saber, o los conocimientos que tengamos quedarán obsoletos. Aunque estemos ocupados en las asignaciones de la Iglesia, no perdamos las oportunidades de superarnos y de mejorar de ese modo el bienestar de nuestra familia. Eso nos requiere invertir el tiempo y la reflexión adecuados para prepararnos para el futuro.

Ese consejo se aplica tanto a las hermanas como a los hermanos. Aun cuando la responsabilidad de proveer para la familia pertenece principalmente al padre, en la proclamación se indica que las “incapacidades físicas, la muerte u otras circunstancias”⁷ también pueden requerir que ustedes, hermanas, empleen y aumenten sus conocimientos para proveer para su familia.

El prestar servicio en la Iglesia

En el cuarto lugar de nuestras prioridades, está nuestro deber con

respecto al tiempo que dedicamos a las actividades de la Iglesia. Las familias Santos de los Últimos Días activas en la Iglesia valoran el tiempo que dedican a ésta y acomodan su vida familiar para hacerle lugar.

Los líderes deben tener muy presentes, sobre todo, las diversas situaciones familiares cuando extiendan llamamientos y creen así expectativas. Es muy probable que, en particular, el padre y la madre de hijos pequeños que tienen llamamientos que les exigen mucho salir de casa, lleguen a pensar que sus actividades en la Iglesia interfieren en su vida familiar. Los líderes de la Iglesia podrán ayudar en eso si reconocen y apoyan los esfuerzos que hacen los miembros por equilibrar el servicio a la Iglesia con sus responsabilidades familiares.

Hacer participar a nuestros familiares

Hay formas de revitalizar nuestra relación personal con nuestros

Hay formas de revitalizar nuestra relación personal con nuestros familiares mientras servimos en los llamamientos de la Iglesia.

familiares mientras servimos en los llamamientos de la Iglesia si los hacemos participar, cuando ello sea apropiado, en nuestro servicio a la Iglesia. Permítanme darles un ejemplo personal.

Mi padre fue mi obispo durante los primeros años de mi vida. Era un hombre ocupado con su exigente profesión de abogado; también participaba en asuntos cívicos y era muy solicitado para hablar en público. Y, naturalmente, era padre de seis hijos. Siempre agradecí que mi padre tuviera bien puesto el orden de prioridad de sus deberes. Mamá era para él lo primero, lo cual era evidente por el modo como la trataba, y a ello seguía su verdadera dedicación a sus hijos.

Cuando yo tenía unos seis años, recibí un carretón rojo de regalo de Navidad, el cual era exactamente como éste en miniatura. El carretoncito rojo resultó ser un auténtico vínculo de cariñosa amistad entre mi padre y yo. En su ocupada vida, él tenía que

buscar las formas de hacer participar a sus familiares en las actividades sin disminuir su propio rendimiento.

Gran parte de su servicio de obispo



tuvo lugar durante la Gran Depresión Económica de la década de 1930. Muchos de los miembros de nuestro ba-

rrío tenían necesidades apremiantes y, mi padre, como el obispo, tenía la responsabilidad de suministrarles los medios de sustento. Eso constituyó una buena actividad para el obispo y para su hijo con su carretoncito rojo.

Al llegar yo a casa de la escuela, hallaba apilados a un lado del garaje, harina, azúcar, trigo y otros artículos de primera necesidad, y comprendía que aquel atardecer mi padre y yo tendríamos la oportunidad de estar juntos.

Cuando él llegaba a casa, el carretón rojo estaba ya cargado con las provisiones que llevaríamos a alguna familia. Y así, los dos, caminando juntos y conversando, llevábamos a cabo nuestra asignación de bienestar al entregarles los víveres a los necesitados.

Pude presenciar personalmente el amor y el interés que un buen líder del sacerdocio tenía para con los miembros de su barrio. Y lo más importante es que tuve la ocasión de pasar unos momentos muy valiosos con mi padre.

Centrarse en las prioridades básicas

Permítanme instarlos a hacer lo que les enseñamos en la primera reunión mundial de capacitación de líderes. Les recordamos que todas las unidades de la Iglesia se encuentran en diferentes etapas de desarrollo y que todas tienen necesidades diferentes. Cuando proyectemos nuestros programas de la Iglesia, tenemos que tomar en consideración las familias.

Repito, les advertimos que no



abrumen a los miembros con más de un llamamiento en la Iglesia además del de maestro orientador y de maestra visitante. Disciplínense para ceñirse al orden de prioridad de los deberes básicos, y se sorprenderán al ver la forma en la que la inspiración del Señor los dirigirá al llevar a cabo sus responsabilidades de ser siervos en Su reino.

El objetivo fundamental de la Iglesia restaurada es hacer más fácil el prestar ayuda al Señor en Su obra, que es llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre, y brindar oportunidades de hacerlo. Logramos eso más que nada al fortalecer a las familias. En esta época de decadencia moral, de incertidumbre política, de disturbios internacionales y de inestabilidad económica, debemos realzar y magnificar nuestro objetivo de fortalecer y estabilizar las familias. El propósito definitivo de la Iglesia es ayudar a

las familias a alcanzar la salvación y la exaltación en el reino eterno del cielo.

Guía para la familia

Hace varios años, publicamos la especial *Guía para la Familia*. Tenía por objeto que la utilizaran los miembros de la Iglesia, sobre todo los nuevos conversos y los que tienen una experiencia limitada en la Iglesia. Los instamos a emplearla. Comienza con la siguiente aseveración:

“La familia es la unidad básica de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y la unidad social más importante que pueda existir tanto en esta vida como en la eternidad. Dios ha establecido la familia para que Sus hijos sean felices, para que puedan aprender principios correctos en un ambiente de amor y para que se preparen para la vida eterna.

“El hogar es el lugar idóneo para

enseñar, aprender y aplicar los principios del Evangelio”⁸.

Repito, los instamos a consultar las útiles enseñanzas de esta guía.

El ejemplo del Salvador

Nuestro Señor y Salvador ministró personalmente a las personas, elevando a los oprimidos, dando esperanza al desalentado y buscando a los descarriados. Mediante Sus palabras y Sus acciones, Él puso de manifiesto a las personas que las amaba, que las comprendía y que las valoraba. Él reconocía la naturaleza divina y el valor eterno de cada persona, individualmente. Aun cuando llamaba a las personas al arrepentimiento, Él condenaba el pecado sin condenar al pecador.

Al igual que nuestro Salvador, los líderes de la Iglesia debemos amar a las personas a las que prestamos servicio, manifestando afecto e interés hacia cada una, en forma individual. Que el Señor nos bendiga en la sagrada responsabilidad que Él nos ha dado es mi oración, en el nombre de Jesucristo. Amén.

NOTAS

1. “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”, *Liabona*, octubre de 2004, pág. 49.
2. “Regocijémonos en el privilegio de servir”, *Reunión mundial de capacitación de líderes*, 21 de junio de 2003, pág. 23.
3. *Reunión mundial de capacitación de líderes*, 21 de junio de 2003, pág. 23.
4. *Liabona*, octubre de 2004, pág. 49.
5. *Para la Fortaleza de la Juventud* [folleto, 2001], pág. 10.
6. *Liabona*, octubre de 2004, pág. 49.
7. *Liabona*, octubre de 2004, pág. 49.
8. *Guía para la Familia* [2001], pág. 1.

La Guía para la Familia (*artículo Nº 31180 002*) se puede conseguir en los centros de distribución y los centros de servicio de la Iglesia.



Los padres tienen una responsabilidad sagrada



BONNIE D. PARKIN

Presidenta General de la Sociedad de Socorro

Las responsabilidades de la familia

Si hay algo que deseo para los padres y líderes de esta Iglesia es que cada día sientan el amor del Señor en su vida, mientras están al cuidado de los hijos de nuestro Padre Celestial. Tal vez lo que les llegue al corazón no sea algo que yo diga, sino lo que les susurre el Espíritu; sigan esas dulces impresiones.

Recuerdo muy bien cuando se emitió la proclamación sobre la familia: fue el 23 de septiembre de 1995. Me encontraba en el Tabernáculo,

durante la reunión general de la Sociedad de Socorro. El presidente Hinckley fue el último discursante, y presentó: “La Familia: Una proclamación al mundo”. Reinó la quietud entre la congregación, pero también un sentimiento de emoción; una reacción que afirmaba: “Sí, inecesitamos ayuda con nuestras familias!”.

Recuerdo que pensé que era algo muy positivo, y las lágrimas me rodaron por las mejillas. Al ver a las hermanas que me rodeaban, parecían sentir lo mismo que yo sentía. Había tanto en la proclamación, que casi no podía esperar obtener una copia y estudiarla. En la proclamación se afirma la dignidad de la mujer. Es maravilloso que se haya presentado por primera vez a las mujeres de la Iglesia durante la reunión general de la Sociedad de Socorro. Sé que el presidente Hinckley valora a la mujer.

Nos encontramos aquí como líderes de la Iglesia, sumamente ocupados, pero tengo que recordar, al igual que ustedes, que nuestra responsabilidad primordial es para con nuestra familia, ya que íes una de las pocas bendiciones que podremos llevarnos a las eternidades¹. Newel K. Whitney era obispo en los primeros días de la Iglesia en Kirtland, y, al igual que ustedes, los

obispos de hoy día, debió haber estado sumamente ocupado haciendo muchas cosas buenas; pero el Señor lo comprendió y le mandó “poner en orden a *su* familia...” (D. y C. 93:50; cursiva agregada.) Hermanas y hermanos, este consejo se aplica a todos nosotros.

Muchos de ustedes son padres o abuelos, o algún día lo serán; pero casados o no, todos formamos parte de familias. Tomen un momento y piensen en su propia familia; ¿qué les gusta en cuanto a ella? Una cosa que me encanta de la mía es que me alegra que a mis cuatro hijos les guste estar juntos.

¿Qué doctrina sobre la familia se enseña en la proclamación? Deseo hacer hincapié en un párrafo: “Por designio divino, el padre debe presidir sobre la familia con amor y rectitud y tiene la responsabilidad de protegerla y de proveerle las cosas necesarias de la vida. La responsabilidad primordial de la madre es criar a los hijos. En estas responsabilidades sagradas, el padre y la madre, como iguales, están obligados a ayudarse mutuamente”².

Me encantan las palabras “por designio divino”. El ser padres es parte del designio divino que nuestro Padre Celestial tiene para Sus hijos. Como padres, tenemos la responsabilidad divina de proveer de lo necesario para nuestras familias, de protegerlas y de velar por ellas.

¿En qué forma estas pautas de *proveer, proteger y velar por los demás* nos ayudan a criar hijos rectos?

Proveer

En la proclamación dice que los padres proveen “las cosas necesarias de la vida”. ¿Cuáles son esas necesidades? Sí, significan techo y comida, pero, debido



la oración familiar y al estudiar juntos las Escrituras. Son cosas muy sencillas, pero les testifico que brindan una fuerte protección.

En la proclamación se

enseña que los padres tienen la responsabilidad sagrada de proteger a sus hijos. El maltrato puede ser emocional, como por ejemplo degradar a un cónyuge o hijo, el tratarlos como si no valieran nada, o el negarles amor y afecto. Los padres no protegen a sus familias si golpean o azotan a su esposa e hijos. Una hermana del oeste de África comentó que antes de unirse a la Iglesia su padre solía golpear a su madre e hijos. "Ahora", dice, "nos trata con respeto y amor porque comprende que somos hijos de Dios".

Para proteger a sus hijos, los padres saben en cuanto a su selección de amistades. Una jovencita se enfadó cuando su padre la interrogó en cuanto a las actividades de esa noche. El padre explicó que en la proclamación decía que él debía proteger a su familia, que él amaba a su hija y que ésa era la razón por la que quería asegurarse de que a ella no le pasara nada.

También debemos proteger a nuestros hijos de las influencias de los medios de comunicación; estén al tanto de lo que sus hijos ven en la televisión, en el cine y en casa de sus amigos. Si tienen una computadora en casa, asegúrense de que sea un medio para lo "virtuoso, o bello, o de buena reputación, o digno de alabanza" (Los Artículos de Fe 1:13).

Cuando seguimos al profeta viviente, somos protegidos. ¿De qué manera ha sido protegida su familia al seguir el consejo que dio el presidente

mantener bien a nuestra familia.

Hagan planes, como padres, para vivir dentro de un presupuesto; enseñen a sus hijos la diferencia que existe entre caprichos y necesidades, y no pongan exigencias económicas excesivas en su cónyuge. Cuando el presidente Hinckley nos aconsejó que saliéramos de deudas, un padre al que yo conozco se sentó con sus hijos casados y les preguntó en cuanto a sus finanzas. Se sorprendió al descubrir que dos de ellos tenían serias deudas, por lo que les preguntó si podría ayudarlos a diseñar un plan para salir de esas deudas.

Los estudios y la capacitación permiten que los padres provean de lo necesario para sus familias. Alienten a sus hijos a adquirir una buena instrucción académica. En algunos países, los jóvenes no reúnen los requisitos necesarios para solicitar un préstamo del Fondo Perpetuo para la Educación debido a que no han terminado sus estudios secundarios. En el mundo actual, es sumamente importante que los padres sigan aprendiendo.

Proteger

La segunda pauta de la que deseo hablar es la de *proteger*; protección ¿de qué? De daño, tanto físico como espiritual. Protegemos a nuestros hijos cuando les enseñamos que tienen valor divino, al ir a la iglesia como familia, al efectuar la noche de hogar, al realizar

al plan del Evangelio, sabemos que es mucho más; se incluyen las habilidades de la vida, de aquello que edifica el carácter. Examinemos algunas de ellas.

Proveemos de lo necesario para nuestros hijos al enseñarles a trabajar. Permítanme contarles acerca de mi nieto Jacob. Él no quería ir a la escuela a pesar de que su madre había hecho todo lo posible por animarlo. Finalmente, lo sentó y le dijo: "El trabajo de papá es ir a trabajar y ganar dinero; mi trabajo es quedarme en casa y cuidarte a ti y a tus hermanos; y tu trabajo, Jacob, es ir a la escuela". Cuando Jacob entendió ese principio, lo aceptó y se fue a la escuela.

De igual modo, para enseñar a nuestros hijos a trabajar, esperamos que hagan sus quehaceres y, cuando sea apropiado, que trabajen fuera de casa. Para ayudar a nuestros hijos a proveer para sí mismos en la vida, les enseñamos el valor del trabajo. ¡Empiecen a temprana edad! Mi esposo dice que el don más maravilloso que su padre le dio fue la independencia, ya que le enseñó a trabajar.

La administración de nuestros recursos económicos nos ayuda a

Hinckley de leer el Libro de Mormón? Hace poco recibí una nota de una hermana de Inglaterra; ella decía:

“Mi familia ha luchado este año pasado con un padre que ha decidido no volver a asistir a la Iglesia. Él ha sido activo toda su vida y ha integrado obispos. Con el corazón le he implorado al Señor saber qué hacer para no sentir resentimiento y amargura. Sola llevo a cabo la noche de hogar y la oración familiar con mis hijos. A causa del desafío de leer el Libro de Mormón, mientras estaba en el templo sentí la impresión de que no debía leer sola las Escrituras con los niños, sino que debía llevarlos a ellos y las Escrituras a donde estaba mi esposo, dondequiera que estuviera en la casa. De modo que todas las noches, a las 9, vamos a buscarlo; él lee con nosotros, al principio no lo hacía, pero ahora sí. Ya asiste a la Iglesia, se reúne con nosotros durante la noche de hogar, y se hace cargo de las charlas



sobre el Evangelio. Mis hijos fueron los instrumentos del Señor y le llevaron a mi esposo la palabra del amor que redime. Esto ha sido una gran bendición para mi familia”.

Velar por los demás

La tercera y última pauta es *velar*; ¿qué apariencia tiene eso?, ¿qué sentimos cuando lo hacemos?, ¿qué significa? Su apariencia, cómo nos sentimos y qué significa es como esta Escritura: “por persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero; por bondad” (D. y C. 121:41–42). Permítanme darles unos ejemplos.

Creo que velar es semejante al disciplinar con amor. Cuando su hijito no obedece, una joven madre lo hace detenerse, toma el rostro de él entre sus manos y, mirándole a los ojos, dice: “Escucha mis palabras”.



Debemos enseñar a nuestros hijos a tomar decisiones correctas, pero no podemos eliminar las consecuencias de sus acciones. Recuerden que el fundamento del plan de nuestro Padre Celestial es el albedrío.

¿Qué sentimos cuando velamos por los demás? Gran parte de la enseñanza y del fortalecimiento de los lazos familiares se realiza en los momentos breves y espontáneos de nuestra rutina diaria. La mesa de la cocina a la hora de la cena es el lugar para conectarse

unos con otros, hablar de las actividades del día, escucharse y alentarse unos a otros, e incluso reír juntos. Sé que la risa aligera la carga. Queridas madres y padres, fijen una hora regular para cenar para las

personas a quienes aman.

¿Se termina su función de padres cuando sus hijos crecen y son independientes? No, uno nunca termina, pero nos encontramos ocupados en la gran tarea de crear familias eternas. Mientras mi esposo y yo servíamos



en una misión en Inglaterra, uno de nuestros hijos y su familia fueron a visitarnos. Recuerdo que él dijo: “Vinimos porque necesitábamos su cuidado amoroso”. Desde el momento en que se es padre, siempre se es padre. ¿No es eso maravilloso? Al terminar de leer el Libro de Mormón en diciembre, me impresionó el darme cuenta de que incluso Mormón aconsejó a su hijo adulto, Moroni: “Hijo mío, sé fiel en Cristo... Cristo te anime... y su misericordia y longanimidad, y la esperanza de su gloria y de la vida eterna, reposen en tu mente para siempre” (Moroni 9:25).

¿Qué significa el velar por los demás? A veces es difícil conseguir de los adolescentes respuestas que tengan más de una sola palabra. Para cambiar esa situación, he descubierto una pregunta bastante útil: “¿Cuál es el desafío o reto más grande por el que estén pasando?”. Esta pregunta abre la puerta para que esos jóvenes se comuniquen. Y cuando lo hagan, ¡escúchenlos!; no juzguen, no den consejo ni nada más; simplemente escuchen. Les asombrará ver las relaciones y los lazos que se formarán. Obispos y consejeros, esta misma pregunta puede resultar muy poderosa al entrevistar a los jóvenes del barrio.

El velar suena a la oración familiar. Uno de los recuerdos más perdurables que tengo de mi padre fue cuando nos encontrábamos arrodillados con mis hermanos y mi hermana a un lado de la cama de mis padres, en su pequeña habitación, y oír a mi padre suplicarle a nuestro Padre Celestial que bendijera a nuestra madre que estaba en el hospital. El oír a mi padre suplicar con fervor me ayudó a saber

que había un Dios en los cielos que escucha. Oren por sus hijos en cuanto a sus estudios y por su protección durante el día. Nuestros hijos saben de nuestro amor y expectativas cuando nos oyen orar por ellos.

Fortalecer a las familias

En calidad de líder, ¿cómo fortalece y apoya a las familias a las que sirve? Usted puede utilizar esas mismas pautas —proveer, proteger y velar— a fin de fortalecer a las familias de su barrio.

Para apoyar a los padres, los líderes los honran y no tratan de tomar su lugar para granjearse al niño. Ustedes pueden ser tutores y compartir intereses similares, pero respetar la forma en que los padres desean que hagan las cosas. Una madre afirmó: “Muchas veces me ha dado la impresión de que a las personas a las que mis hijos adolescentes menos querían escuchar eran a mí y a mi esposo. A veces, ante la presión de los compañeros, los hijos no han querido escucharnos. Estoy agradecida por sabios líderes del sacerdocio que han aconsejado a nuestros hijos. Ellos nunca tomaron nuestro lugar como padres; escucharon, pero apoyaron *nuestra* dirección, y los volvieron a dirigir hacia nosotros”.

Todas las familias tienen necesidades. Permítanme decir unas sinceras palabras sobre las madres que crían solas a los hijos: Quiero hablarles de una madre de cinco hijos cuyo esposo fue enviado allende el mar con las fuerzas militares. Ella relata lo siguiente:

“Cuando mi esposo partió a principios de febrero, contábamos con tres vehículos que marchaban bien; sin embargo, para noviembre, los tres se habían averiado y dos de ellos no los

podimos reparar. Durante ese mismo tiempo, mi hijo de diecisiete años me dijo que no tenía planes de servir en una misión porque no estaba seguro de que el Evangelio fuera verdadero. Si alguna vez hubo un momento en el que necesitaba las bendiciones del sacerdocio, era ahora. No recuerdo todos los detalles de cuándo fue ni dónde, pero sí recuerdo claramente haber recibido más de una bendición de buenos poseedores del sacerdocio durante ese tiempo. Siempre supe que podría llamar a mis maestros orientadores y que acudirían de inmediato. Ninguno pudo componer mi camioneta, pero sí me dieron una bendición del sacerdocio que tanto necesitaba, y encontraron a alguien que pudo arreglarme el auto”.

Para esa familia, los dedicados maestros orientadores surtieron una influencia positiva, y también pueden serlo para todas las familias de padres solos, a medida que llegan a conocerlos, a ganarse su confianza y a proporcionarles bendiciones del sacerdocio. Obispos, líderes de grupo de sumos sacerdotes, presidentes del quórum de élderes: esas madres necesitan las bendiciones del sacerdocio en sus hogares, del mismo modo que las necesitan nuestras extraordinarias hermanas solteras.

Hace diez años, cuando se emitió la proclamación, el presidente Hinckley advirtió en cuanto a “seguir los consejos del mundo”. Esta declaración profética reafirma “las normas, doctrinas y prácticas relativas a la familia”³. En contraste, el mundo trata de controlar la función de la mujer y de la maternidad. Hoy día, a la mujer se le dice que necesita una carrera próspera,



Para apoyar a los padres, los líderes los honran y no tratan de tomar el lugar de los padres para granjearse al niño.

pertenecer a organizaciones y, si cuenta con recursos, tener hijos. La honorable función de la madre está pasando de moda cada vez más. Permítanme dejar bien claro que no debemos permitir que el mundo ponga en peligro lo que sabemos que se nos ha dado por designio divino.

Hermanas, quiero dirigirme a ustedes sólo unos minutos. Como miembros de la Sociedad de Socorro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, tenemos la bendición y la responsabilidad de velar por la unidad familiar y de sostenerla. Todas pertenecemos a una familia y toda familia necesita que se le fortalezca y proteja.

La ayuda más grande que recibí al convertirme en ama de casa provino primeramente de mi propia madre y de mi abuela y después de las hermanas de la Sociedad de Socorro de los diferentes barrios donde vivimos. Aprendí destrezas y vi por medio del ejemplo el gozo que proviene del crear un hogar donde los demás deseen estar. A partir de enero del 2006 se dispusieron nuevas pautas para las reuniones y actividades de superación personal, de la familia y del hogar, las

cuales brindan mayor flexibilidad a fin de que todas las hermanas participen en la Sociedad de Socorro. Líderes de la Sociedad de Socorro, asegúrense de que las reuniones y las actividades que planifiquen fortalezcan los hogares de todas las hermanas.

El programa de las maestras visitantes es otro medio para dar apoyo a la familia. Espero que todas tengan la oportunidad de ser maestras visitantes, ya que éstas no sólo fortalecen a las hermanas espiritualmente, sino que están en la posición singular de velar y evaluar sus necesidades. Líderes de la Sociedad de Socorro, actúen de manera positiva en sus reuniones del comité de bienestar e informen en cuanto a las necesidades espirituales y temporales que detecten sus maestras visitantes.

El amor puro de Cristo

Para aquellas que sean casadas, piensen un momento, ¿por qué se enamoraron de su cónyuge? El pensar en ello, les dará un corazón comprensivo. Exprésense su amor el uno al otro. La esposa puede influir de modo positivo en la vida de su marido al edificarle su autoestima. El marido puede alegrar el

más negro de los días con tres sencillas palabras: “Te quiero mucho”. Uno de los dones más grandes que los padres pueden dar a sus hijos es mostrarles que se aman el uno al otro.

Nuestra función como padres en la crianza de hijos rectos es proveer, proteger y velar, y lo hacemos como iguales. Hacemos lo mismo como líderes. El ser un líder es mucho trabajo; el ser padre es mucho trabajo. A veces nos desalentamos, pero seguimos adelante. Creo que en nuestras familias y mediante el servicio en la Iglesia aprendemos mucho acerca del amor puro de Cristo.

Como padres y líderes debemos darles a nuestros hijos el amor que nuestro Padre Celestial nos da a nosotros. En Moroni 8:17 leemos: “...me siento lleno de caridad, que es amor eterno...” A esto agreguen las palabras del Señor: “...vestíos, como con un manto, con el vínculo de la caridad, que es el vínculo de la perfección y de la paz” (D. y C. 88:125). Los exhorto a que, en todos sus tratos, se pongan el manto de la caridad, para cubrir a su familia en el amor puro de Cristo.

Como familias y líderes, ruego que el Señor los bendiga para que rodeen con el manto de la caridad a aquellos que aman, a fin de que podamos volver a la presencia de nuestro Padre Celestial y vivir juntos con Él para siempre. En el nombre de Jesucristo. Amén.

NOTAS

1. Véase “Regocijémonos en el privilegio de servir”, Presidente Gordon B. Hinckley, Capacitación mundial de líderes, 21 de junio de 2003, pág. 22.
2. “La Familia: Una proclamación para el mundo”, *Liabona*, octubre de 2004, pág. 49.
3. “Permanezcan firmes frente a las asechanzas del mundo”, *Liabona*, enero de 1996, pág. 113.

Hogares celestiales, familias eternas

PRESIDENTE THOMAS S. MONSON

Primer Consejero de la Primera Presidencia



Edificar un hogar eterno

Con espíritu de humildad represento a la Primera Presidencia como el último discursante de esta reunión. Hemos sido inspirados y edificados por las palabras del élder Bednar, del élder Perry y de la hermana Parkin. Nuestros pensamientos se han centrado en el hogar y la familia, y se nos ha recordado que “el hogar es el fundamento de una vida justa y ningún otro medio puede ocupar su lugar ni cumplir sus funciones esenciales”¹.

Un hogar es mucho más que una casa construida de madera, ladrillos o piedra. Un hogar se edifica con amor, sacrificio y respeto. Nosotros

somos responsables del hogar que edifiquemos, y debemos edificar con sabiduría, ya que la eternidad no es un viaje corto. En él habrá tranquilidad y viento, luz del sol y sombras, alegría y pesar, pero si de verdad nos esforzamos, nuestro hogar puede ser un pedacito de cielo en la tierra. Lo que pensemos, lo que hagamos, nuestro modo de vivir no sólo influyen en el éxito de nuestra jornada terrenal, sino que también señalan el sendero hacia nuestras metas eternas.

Algunas familias Santos de los Últimos Días están formadas por la madre, el padre y los hijos, todos viviendo dentro del seno del hogar, mientras que otras han visto alejarse primero a uno, luego a otro y a otro de sus miembros. A veces una sola persona constituye una familia; pero cualquiera sea su composición, continúa siendo una familia, porque las familias son eternas.

Podemos aprender del Señor, el Supremo Arquitecto. Él nos ha enseñado cómo edificar, y dijo que “toda... casa dividida contra sí misma, no permanecerá” (Mateo 12:25). Más tarde, advirtió: “He aquí, mi casa es una casa de orden... y no de confusión” (D. y C. 132:8).

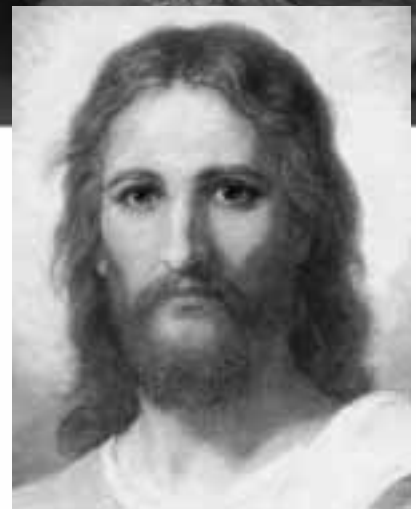
En una revelación que se dio a José Smith en Kirtland, Ohio, el 27 de diciembre de 1832, el Maestro aconsejó: “Organizaos; preparad todo lo que fuere necesario; y estableced una casa, sí, una casa de oración, una casa de ayuno, una casa de fe, una casa de instrucción, una casa de gloria, una casa de orden, una casa de Dios” (D. y C. 88:119; véase también 109:8).

¿Dónde podríamos encontrar un diseño más apropiado para establecer sabia y adecuadamente nuestro hogar? Este diseño cumpliría con las especificaciones descritas en Mateo, una casa edificada “sobre la roca” (Mateo 7:24, 25; véase también Lucas 6:48; 3 Nefi 14:24, 25), capaz de resistir las lluvias de la adversidad, los ríos de la oposición y los vientos de la duda que se encuentran presentes en todas partes del mundo cambiante y lleno de desafíos en el que vivimos.

Algunos podrían preguntarse: “Pero si esa revelación se dio como guía para la construcción de un templo, ¿se aplica a nosotros en la actualidad?”

Yo les respondería: “¿Acaso el apóstol Pablo no dijo: ‘¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?’” (1 Corintios 3:16).

Dejemos que el Señor sea el Arquitecto Maestro de nuestro proyecto de construcción. Entonces cada uno de nosotros será el constructor responsable de una parte vital de ese proyecto, y por esa razón todos podremos ser constructores. Además de edificar nuestro propio hogar, también tenemos la responsabilidad de edificar el reino de Dios sobre la tierra al servir de manera fiel y eficaz en nuestros llamamientos de la Iglesia.



El Maestro aconsejó: “Organizaos; preparad todo lo que fuere necesario; y estableced una casa, sí, una casa de oración, una casa de ayuno, una casa de fe”.

Quisiera brindar algunas pautas que provienen de Dios, de las lecciones de la vida y algunos puntos que debemos considerar a medida que empecemos a edificar.

Arrodillémonos a orar.

“Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas” (Proverbios 3:5–6). Así habló el sabio Salomón, hijo de David, rey de Israel.

En el continente americano, Jacob, el hermano de Nefi, declaró: “Confíad en Dios con mentes firmes, y orad a él con suma fe” (Jacob 3:1).

Este consejo divino nos llega hoy como llega el agua pura y cristalina a una tierra seca y sedienta, porque vivimos en tiempos difíciles.

Hace apenas unas cuantas generaciones, nadie se había imaginado el mundo en el que vivimos hoy día y los problemas que eso presenta. Nos rodea la inmoralidad, la pornografía, la violencia, las drogas y una infinidad de maldades que afligen a la sociedad moderna. Tenemos el desafío, e incluso la responsabilidad, no sólo de mantenernos “sin mancha del mundo” (Santiago 1:27), sino también de guiar a salvo a nuestros hijos y a las personas de quienes somos responsables,

a través de los mares turbulentos del pecado que nos rodea, a fin de que un día podamos volver a vivir con nuestro Padre Celestial.

La guía de nuestra propia familia requiere nuestra presencia, nuestro tiempo y nuestros mejores esfuerzos. A fin de ser eficaces en nuestra instrucción, debemos ser firmes en el ejemplo que demos a los miembros de nuestra familia, y dedicar tiempo individual a cada uno de ellos, así como tiempo para dar consejo y guía.

A veces nos sentimos abrumados por la tarea que tenemos ante nosotros; sin embargo, siempre tenemos ayuda a nuestro alcance. Aquel que conoce a cada uno de Sus hijos contestará nuestra oración sincera y ferviente a medida que suplicamos ayuda para guiarlos. Esa oración

resolverá más dificultades, aliviará más sufrimiento, prevendrá más transgresión y traerá más paz y satisfacción al alma humana que lo que se podría lograr de ninguna otra manera.

Además de necesitar esa orientación para nuestras familias, se nos ha llamado a puestos en los que somos responsables por otras personas. En calidad de obispo o consejero, líder de un quórum del sacerdocio o de las organizaciones auxiliares, ustedes tienen la oportunidad de influir en la vida de los demás. Tal vez haya personas que provengan de familias donde no todos sean miembros de la Iglesia o sean menos activos; que se hayan enemistado con sus padres, despreciando sus súplicas y consejos. Es muy posible que seamos el instrumento en las manos del Señor para influir en la persona que esté en esa situación. Sin embargo, sin la guía de nuestro Padre Celestial, no podemos hacer todo lo que se nos ha llamado a hacer, y esa ayuda se logra mediante la oración.

A un destacado juez de los Estados Unidos se le preguntó qué podemos hacer los ciudadanos de los países del mundo para reducir el delito y la desobediencia a las leyes para que haya paz y tranquilidad en nuestra vida y en nuestras respectivas naciones. Seriamente contestó: “Yo diría que el volver a la antigua práctica de la oración familiar”.

¿No se sienten agradecidos ustedes de que la oración familiar no sea algo pasado de moda para nosotros? Realmente hay un gran

significado en lo que se dice de que “la familia que ora unida permanece unida”.

El Señor mismo indicó que debíamos llevar a cabo la oración familiar cuando dijo: “Orad al Padre en vuestras familias, siempre en mi nombre, para que sean bendecidas vuestras esposas y vuestros hijos” (3 Nefi 18:21).

En calidad de padres, de maestros y de líderes en el desempeño de cualquier función, no podemos intentar realizar esta difícil jornada por la mortalidad sin contar con la ayuda divina que nos ayude a guiar a aquellos por quienes tenemos responsabilidad.

Al ofrecerle a Dios nuestras oraciones familiares y personales, hagámoslo con fe y confianza en Él. Arrodillémonos a orar.

Servir diligentemente.

Para obtener un ejemplo de ello, acudimos a la vida del Señor. Al ministrar entre los hombres, la vida de Jesús fue como un resplandeciente faro de bondad. Devolvió la fuerza a las extremidades del paralítico, dio vista a los ojos del ciego, oído al sordo y vida a los muertos.

Sus parábolas predicán poder. Con el buen samaritano enseñó: “Amarás a tu prójimo” (véase Lucas 10:30–35). Por medio de la bondad demostrada a la mujer adúltera, enseñó compasión comprensiva (véase Juan 8:3–11). En su parábola de los talentos nos enseñó a superarnos y a esforzarnos por lograr la perfección (véase Mateo 25:14–30). Es posible que nos haya estado preparando para la función de edificar una familia eterna.



Cada uno de nosotros, ya sea un líder del sacerdocio o un oficial en una organización auxiliar, tiene responsabilidad para con su llamamiento sagrado. Hemos sido apartados para la obra para la cual hemos sido llamados. En Doctrina y Convenios 107:99, el Señor dijo: “Por tanto, aprenda todo varón su deber, así como a obrar con toda diligencia en el oficio al cual fuere nombrado”. Al ayudar a bendecir y fortalecer a aquellos por quienes somos responsables en nuestros llamamientos de la Iglesia, en realidad estaremos bendiciendo y fortaleciendo a sus familias. Por tanto, el servicio que llevemos a cabo en nuestras familias y en nuestros llamamientos de la Iglesia puede tener consecuencias eternas.

Hace muchos años, cuando era obispo de un barrio grande y diverso de más de mil miembros, ubicado en el centro de Salt Lake City, hice frente a muchos desafíos.

Un domingo por la tarde recibí una llamada telefónica del propietario de una farmacia que estaba dentro de los límites del barrio; me indicó que esa mañana, un niño había entrado en la tienda y había comprado un helado. Había pagado con dinero que había sacado de un sobre y que, al salir, había olvidado el sobre. Cuando el propietario pudo examinarlo, descubrió que era un sobre de ofrendas de ayuno, con el nombre y el número de teléfono de nuestro barrio. Cuando me describió al niño que había entrado a la tienda, de inmediato supe quién era; era un diácono de nuestro barrio que provenía de una familia menos activa.

Mi primera reacción fue una de asombro y de desilusión al pensar que uno de nuestros diáconos tomara fondos de las ofrendas de ayuno destinados para los necesitados, y se fuera a la tienda en domingo a comprar una golosina con ese dinero. Decidí que esa tarde visitaría a ese niño para enseñarle en cuanto a los fondos sagrados de la Iglesia y su deber como diácono de recabar y proteger esos fondos.

Mientras me dirigía a ese domicilio, hice una oración en silencio para suplicar orientación en lo que debía decir para arreglar la situación. Llegué y toqué a la puerta; la abrió la madre del niño, y me invitaron a pasar a la sala. A pesar de que la luz de la habitación era muy tenue, pude darme cuenta de que era un lugar muy pequeño y escuálido. Los pocos muebles estaban desgastados y la madre tenía una apariencia de cansancio.

La indignación que sentía por las acciones de su hijo aquella mañana se desvaneció al darme cuenta de que era una familia muy necesitada. Sentí la impresión de preguntarle a la madre si había alimentos en la casa; con lágrimas contestó y dijo que no tenía nada. Me dijo que desde hacía tiempo su esposo había estado sin trabajo y que necesitaban desesperadamente no sólo comida, sino dinero para pagar el alquiler a fin de que no los desalojaran de la pequeña casita.

No me atreví a mencionar el asunto de los donativos de las ofrendas de ayuno, ya que me di cuenta de

que lo más probable era que el niño habría tenido mucha hambre cuando se detuvo en la tienda. Más bien, inmediatamente hice los arreglos para dar ayuda a la familia, a fin de que tuviesen qué comer y un techo sobre su cabeza. Además, con



El servicio que llevemos a cabo en nuestras familias y en nuestros llamamientos de la Iglesia puede tener consecuencias eternas.

la ayuda de los líderes del sacerdocio del barrio, pudimos conseguirle empleo al marido para que pudiese proveer de lo necesario para la familia.

Como líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares, tenemos derecho a recibir la ayuda del Señor al magnificar nuestros llamamientos y cumplir nuestras responsabilidades. Busquen Su ayuda, y cuando reciban la inspiración, actúen de acuerdo con ella para saber a dónde ir, a quién consultar, qué decir y cómo decirlo. Es posible que se nos ocurra una idea una y otra vez, pero sólo cuando actuemos según esa idea, podremos bendecir a los demás.

Ruego que seamos verdaderos pastores para aquellos por quienes somos responsables. John Milton escribió en su poema "Lícidas": "Las ovejas hambrientas levantan la cabeza y no se les apacienta" (renglón 125). El Señor mismo le dijo a Ezequiel el profeta: "Ay de los pastores de Israel que... no [apacientan] a las ovejas" (Ezequiel 34:2-3).

Tenemos la responsabilidad de cuidar del rebaño, ya que esas queridas ovejas, esos tiernos corderos, están por todas partes: en el hogar en nuestras propias familias, en los hogares de nuestros familiares, y esperándonos en nuestros llamamientos en la Iglesia. Jesús es nuestro Ejemplo; Él dijo: "Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas" (Juan 10:14). Tenemos la responsabilidad de conducir a las ovejas. Ruego que sirvamos diligentemente.

Ayudemos a los que van por mal camino.

A lo largo del camino de la vida se producen bajas. Algunos se alejan de las señales que conducen a la vida eterna, sólo para descubrir que el desvío escogido no conduce sino a un callejón sin salida. La indiferencia, la despreocupación, el egoísmo y el pecado cobran un elevado pago de vidas humanas. Hay quienes, por motivos inexplicables, marchan al compás de otra melodía, para más tarde descubrir que han seguido al flautista del dolor y del sufrimiento.

En 1995, la Primera Presidencia

expresó su preocupación por los miembros que habían abandonado el redil de Cristo y emitió una declaración especial titulada: "Una invitación a regresar". El mensaje contenía la siguiente súplica:

"A aquellos que por alguna razón se encuentran fuera de la hermandad de la Iglesia, les decimos: Regresen. Los invitamos a regresar y a participar de la felicidad que una vez conocieron. Encontrarán a muchas personas con los brazos



abiertos para recibirlos, ayudarlos y darles consuelo.

"La Iglesia necesita su fuerza, amor, lealtad y devoción. El camino por el que la persona puede volver a participar de todas las bendiciones del ser miembro de la Iglesia es definido y seguro, y estamos listos para recibir a todos aquellos que deseen hacerlo".

Quizás una escena que se repite con frecuencia les ayudará a encontrar la oportunidad de ayudar a los que van por mal camino. Demos una

mirada a una familia que tiene un hijo llamado Jack, quien, desde muy temprana edad, ha tenido serias diferencias con su padre. Un día, cuando tenía diecisiete años, tuvieron una discusión muy violenta. Jack le dijo a su padre: "¡Ésta es la gota que colma el vaso; me voy de casa y jamás regresaré!". Se fue a su habitación y empacó sus cosas. Su madre le rogó que se quedara, pero estaba demasiado enojado para escucharla, y la dejó llorando a la puerta de la casa.

Al salir del jardín y casi en el momento que pasaba por el portón, oyó que su padre le llamaba: "Jack, reconozco que en gran parte es mi culpa el que te vayas de casa, y sinceramente lo siento. Pero deseo que sepas que si alguna vez deseas volver a casa, siempre serás bienvenido. Trataré de ser un buen padre y quiero que sepas que te amo y que siempre te amaré".

Jack no dijo nada, siguió hasta la terminal de autobuses y compró un pasaje hacia una ciudad distante. Mientras viajaba y contemplaba el paso de los kilómetros, pensó en las palabras de su padre. Se dio cuenta de todo el valor y el amor que habían sido necesarios para que su padre dijera esas palabras. Su padre se había disculpado; lo había invitado a regresar y en el aire de aquel verano resonaban sus palabras: "te amo".

Jack se dio cuenta de que el próximo paso lo debía dar él. Supo que la única forma de encontrar paz interior era demostrarle a su padre el mismo



Ruego que seamos verdaderos pastores para aquellos por quienes somos responsables.

grado de madurez, de bondad y de amor que su padre le había demostrado. Jack se bajó del autobús, compró un pasaje de regreso y emprendió el camino a casa.

Llegó poco después de la medianoche, entró en la casa y encendió la luz. Allí, en la mecedora, estaba su padre, con la cabeza inclinada. Al ver a Jack, se levantó y ambos se abalanzaron a abrazarse. Más tarde, Jack dijo: “Esos últimos años que viví en casa fueron unos de los más felices de mi vida”.

He aquí un padre que, superando su cólera y controlando su orgullo, decidió rescatar a su hijo antes de que se convirtiera en parte de ese “batallón perdido” que proviene de familias divididas y hogares destrozados. El amor fue el vínculo unificador, el bálsamo curativo; el amor que se siente tan a menudo pero que pocas veces se expresa.

Desde el monte Sinaí retumba en nuestros oídos: “Honra a tu padre y a tu madre” (Éxodo 20:12), y más tarde, escuchamos de ese mismo Dios la orden de vivir “juntos en amor” (D. y C. 42:45).

Seguir el camino del Señor

Arrodillense a orar; sirvan diligentemente; ayuden a aquellos que van por mal camino. Cada uno es un componente vital del diseño preparado por Dios para hacer de nuestra casa un hogar, y de un hogar un cielo.

El equilibrio es la clave en nuestras sagradas y solemnes responsabilidades en nuestros hogares y en nuestros llamamientos en la Iglesia. Debemos tener sabiduría, inspiración y un buen criterio al velar por nuestras familias y cumplir nuestros llamamientos de la Iglesia, ya que ambos son de vital importancia. No podemos descuidar a nuestras familias y no

debemos descuidar nuestros llamamientos en la Iglesia.

Edifiquemos de la manera correcta, siguiendo Su diseño; entonces el Señor, que es nuestro inspector en esa construcción, nos dirá, como lo hizo cuando se le apareció a Salomón, constructor de otra época: “Yo he santificado esta casa que tú has edificado, para poner mi nombre en ella para siempre; y en ella estará mis ojos y mi corazón todos los días” (1 Reyes 9:3). Entonces tendremos hogares celestiales y familias eternas y así podremos ayudar, fortalecer y bendecir a otras familias.

Ruego de manera muy humilde y sincera que cada uno de nosotros reciba esa bendición. En el nombre de Jesucristo. Amén.

NOTA

1. Carta de la Primera Presidencia, 11 de febrero de 1999; véase *Liabona*, diciembre de 1999, pág. 1.

LA FAMILIA

UNA PROCLAMACIÓN PARA EL MUNDO

LA PRIMERA PRESIDENCIA Y EL CONSEJO DE LOS DOCE APÓSTOLES DE LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

*N*OSOTROS, LA PRIMERA PRESIDENCIA y el Consejo de los Doce Apóstoles de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, solemnemente proclamamos que el matrimonio entre el hombre y la mujer es ordenado por Dios y que la familia es la parte central del plan del Creador para el destino eterno de Sus hijos.

TODOS LOS SERES HUMANOS, hombres y mujeres, son creados a la imagen de Dios. Cada uno es un amado hijo o hija espiritual de padres celestiales y, como tal, cada uno tiene una naturaleza y un destino divinos. El ser hombre o mujer es una característica esencial de la identidad y el propósito eternos de los seres humanos en la vida premortal, mortal, y eterna.

EN LA VIDA PREMORTAL, los hijos y las hijas espirituales de Dios lo conocieron y lo adoraron como su Padre Eterno, y aceptaron Su plan por el cual obtendrían un cuerpo físico y ganarían experiencias terrenales para progresar hacia la perfección y finalmente cumplir su destino divino como herederos de la vida eterna. El plan divino de felicidad permite que las relaciones familiares se perpetúen más allá del sepulcro. Las ordenanzas y los convenios sagrados disponibles en los santos templos permiten que las personas regresen a la presencia de Dios y que las familias sean unidas eternamente.

EL PRIMER MANDAMIENTO que Dios les dio a Adán y a Eva tenía que ver con el potencial que, como esposo y esposa, tenían de ser padres. Declaramos que el mandamiento que Dios dio a sus hijos de multiplicarse y henchir la tierra permanece inalterable. También declaramos que Dios ha mandado que los sagrados poderes de la procreación se deben utilizar sólo entre el hombre y la mujer legítimamente casados, como esposo y esposa.

DECLARAMOS que la forma por medio de la cual se crea la vida mortal fue establecida por decreto divino. Afirmamos la santidad de la vida y su importancia en el plan eterno de Dios.

EL ESPOSO Y LA ESPOSA tienen la solemne responsabilidad de amarse y cuidarse el uno al otro, y también a sus hijos. "He aquí, herencia de Jehová son los hijos" (Salmos 127:3). Los padres tienen la responsabilidad sagrada de

educar a sus hijos dentro del amor y la rectitud, de proveer para sus necesidades físicas y espirituales, de enseñarles a amar y a servirse el uno al otro, de guardar los mandamientos de Dios y de ser ciudadanos respetuosos de la ley dondequiera que vivan. Los esposos y las esposas, madres y padres, serán responsables ante Dios del cumplimiento de estas obligaciones.

LA FAMILIA es ordenada por Dios. El matrimonio entre el hombre y la mujer es esencial para Su plan eterno. Los hijos tienen el derecho de nacer dentro de los lazos del matrimonio, y de ser criados por un padre y una madre que honran sus promesas matrimoniales con fidelidad completa. Hay más posibilidades de lograr la felicidad en la vida familiar cuando se basa en las enseñanzas del Señor Jesucristo. Los matrimonios y las familias que logran tener éxito se establecen y mantienen sobre los principios de la fe, la oración, el arrepentimiento, el perdón, el respeto, el amor, la compasión, el trabajo y las actividades recreativas edificantes. Por designio divino, el padre debe presidir sobre la familia con amor y rectitud y tiene la responsabilidad de protegerla y de proveerle las cosas necesarias de la vida. La responsabilidad primordial de la madre es criar a los hijos. En estas responsabilidades sagradas, el padre y la madre, como iguales, están obligados a ayudarse mutuamente. Las incapacidades físicas, la muerte u otras circunstancias pueden requerir una adaptación individual. Otros familiares deben ayudar cuando sea necesario.

ADVERTIMOS a las personas que violan los convenios de castidad, que abusan de su cónyuge o de sus hijos, o que no cumplen con sus responsabilidades familiares, que un día deberán responder ante Dios. Aún más, advertimos que la desintegración de la familia traerá sobre el individuo, las comunidades y las naciones las calamidades predichas por los profetas antiguos y modernos.

HACEMOS UN LLAMADO a los ciudadanos responsables y a los representantes de los gobiernos de todo el mundo a fin de que ayuden a promover medidas destinadas a fortalecer la familia y mantenerla como base fundamental de la sociedad.

El presidente Gordon B. Hinckley leyó esta proclamación como parte de su mensaje en la Reunión General de la Sociedad de Socorro, el 23 de septiembre de 1995, en Salt Lake City, Utah, E.U.A.

LA IGLESIA DE
JESUCRISTO
DE LOS SANTOS
DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

SPANISH

